

de Beamonte : que fuesen declarados inhábiles y destituidos de los empleos todos los consejeros que tuvo el Rey desde que fué hecha aquella prision, sin que pudiesen ser habilitados jamas : que el Príncipe fuese jurado primogénito, y como tal sucesor de todos los reinos de su padre y Gobernador de ellos : que la administracion del principado y condados de Rosellon y Cerdaña fuese suya, con título de Lugarteniente irrevocable : que el Rey no entrase en el principado : que no interviesen en el consejo del Rey ni del Príncipe sino catalanes : que en caso de morir Don Carlos sin hijos, fuese nombrado al mismo fin Don Fernando su hermano con las mismas facultades : ofrecian heredarle allí; y al Rey, si venia en estas condiciones, un don de doscientas mil libras. Pidieron tambien que nunca se pudiese proceder contra alguna de las personas Reales ó sus hijos, sin intervencion del principado de Cataluña, ó de los diputados y consejo de la ciudad de Barcelona. Y por último, no contentos con dar la ley en su casa, querian tambien ordenar las cosas de Navarra; y propusieron que la jurisdiccion y fuerzas de este reino se encomendasen á aragoneses, catalanes y valencianos.

La Reina, asombrada de tales pretensiones, no atreviéndose á concertar nada, se vino á Aragon á comunicárlas con el Rey; y al instante dió la vuelta á Barcelona á dar en persona su contestacion. Mas por segunda vez sufrió el desaire de que la

diputacion del principado le intimase que abandonase el intento de entrar en la ciudad. Sintió ella en gran manera estas demostraciones del ódio que la tenian; y perseveraba en pasar adelante, cuando el Príncipe tuvo que enviarla nuevos embajadores, excusándose de aquella necesidad; pero intimándola que no se acercase ni con cuatro leguas á Barcelona; y pidiéndola que declarase á estos mismos la voluntad del Rey sobre los capítulos que se la propusieron en Villafranca. A este nuevo desabrimiento se añadió otro, que acabó de confirmarla en la inutilidad de sus gestiones sobre entrar en la capital. Pasó á Tarrasa con ánimo de detenerse allí á comer; pero los del lugar le cerraron las puertas, se alborotaron furiosos, y tocaron las campanas á rebato, como si sobre ellos viniese una banda de malhechores ó foragidos. Ella con esto hubo de pasar á Caldes, donde comunicó á los catalanes la resolucion del Rey.

¡Cosa verdaderamente extraña! Este Monarca, tan temoso y tan fiero, vino en conceder al principado todos los artículos que se le propusieron, menos la jurisdiccion real que se pedia para el sucesor, y la facultad de presidir y celebrar las cortes; y aun ofrecia, á pesar de la vergüenza y humillacion que le costaba, no entrar allí hasta que enteramente se sosegasen las diferencias; pero en lo que no queria consentir de modo alguno era en lo que se le pedia acerca del reino de Navarra, como si todo su honor y su gloria consistiesen en

negarse á la condicion mas justa de las que se le proponian, que era restituir lo usurpado. De esto mostraron los embajadores tanto descontento, que ni aun quisieron oír el resto de las declaraciones que llevaba la Reina. Ella, viendo su tenacidad, les dijo que sus poderes para ajustar la concordia eran ámplios, y así que la dejasen entrar en Barcelona, y en el término de tres dias compondria las cosas á gusto de la diputacion. Volvieron los emisarios con esta respuesta; mas como en Barcelona se susurrase que habia en la ciudad quien tenia inteligencias con la Reina, fué tal el tumulto del pueblo, y tan grande su movimiento para salir contra ella, que tuvo que volverse á Martorell, y desde allí pasar á Villafranca.

En esta villa se firmó al fin por la Reina el convenio, cuyas condiciones principales eran, que el Príncipe fuese Lugarteniente general irrevocable del Rey en Cataluña, y que su padre se abstendria de entrar en ella. Esta nueva causó gran regocijo en Barcelona, que hizo procesiones, luminarias y toda clase de funciones para celebrarla. El Príncipe juró solemnemente conservar las constituciones del principado, los usos de Barcelona, y las demas libertades de la tierra: armó en aquel punto caballeros á varios ciudadanos; y salió de la iglesia, paseando por las calles con estor que delante de sí, como correspondia á su dignidad, y seguido de las aclamaciones y aplausos de todo el pueblo.

Este nuevo poder no fué empleado en perseguir y destruir á los que en el proceso de todo aquel gran negocio habian sido contra él. Galceran de Requesens, antes Gobernador de Cataluña, acusado de muchos crímenes, y grandes daños hechos á las libertades de la provincia, y creído uno de los instigadores del Rey contra su hijo, no sufrió otra pena que la del destierro. De los demas que tenia por sospechosos, y poco afectos á su partido, se contentó con enviar una lista á la diputacion, rogándola que no eligiesen á ninguno de ellos en adelante por diputados ni oidores. Un día salió de Barcelona á perseguir en Villafranca á un revoltoso, y llegado allá, le perdonó.

Mas, á pesar de la concordia hecha, como su situacion era violenta, y el padre habia venido en aquel ajuste á mas no poder, la desconfianza de los dos partidos seguia siendo la misma. Los catalanes, para empeñar mas su accion, hicieron al Príncipe juramento de fidelidad, como á primogénito, en treinta de julio. Este acto se celebró solemnemente en la sala del palacio mayor. Cuando trató de leerse la fórmula, no permitió el Príncipe que se leyese, diciendo que ya sabia él que aquella ciudad y sus regidores eran tales que no harian mas que lo debido, asi como sus antepasados lo tenian de costumbre; y cuando los síndicos nombrados, despues de prestar el juramento, fueron á besarle la mano, él con rostro afable y palabras corteses los hizo levantar, alzándose de su

sitial, inclinándose á ellos, y poniéndoles las manos sobre los hombros. Toda su confianza la tenia puesta en Castilla; pero su Rey era de un carácter tan débil, que en esta parte no podía afianzar mas seguridad, que la que hubiese en los intereses del Marqués de Villena, que absolutamente le gobernaba. El partido castellano del Rey de Aragon, á cuya frente estaban el Almirante y el arzobispo de Toledo, procuraban hacer suyo al Marqués, y ponian ya en balanzas los conciertos, que despues de libre el Príncipe se habian seguido sobre su casamiento con la Infanta Doña Isabel. Demas que el Rey de Castilla, cansado de lo poco que adelantaba en Navarra, trataba de volverse á su reino, y dejar aquella empresa. En esta incertidumbre Don Carlos y el principado enviaron al Rey de Aragon una solemne embajada, para que confirmase de nuevo la concordia ajustada con la Reina, y despues pasase á Castilla á concluir el concierto del matrimonio.

El Rey, que aborrecia este enlace mas que la muerte, detuvo á los embajadores bajo pretexto de que no era decente seguir en aquel concierto, mientras el Rey de Castilla tenia una guerra tan furiosa contra él. Envió ademas á Cataluña al protonotario Antonio Nogueras, el hombre de su mayor confianza, para que diese la causa de esta detencion. Llegó, y presentado ante el Príncipe, éste despues de haber recibido su salutacion, sin dejarle comenzar su mensaje, y saliendo por entonces

de su moderacion y mansedumbre acostumbrada, le dijo: *Maravillado estoy, Nogueras, de dos cosas: una de que el Rey mi Señor no haya escogido persona mas grata que vos para enviarme; y otra de que vos hayais tenido osadía de poneros en mi presencia. ¿No os acordais ya de que estando preso en Zaragoza, tuvisteis el atrevimiento de venir con papel y tinta á examinarme; y á entender por vos mismo, que yo depusiese sobre las maldades que entonces me fueron levantadas? Quiero que sepais que jamas me acuerdo de este paso sin dejarme arrebatado de la ira; y sed cierto, que si no fuera por guardar reverencia al Rey mi Señor, de cuya parte venís, yo os hiciera salir sin la lengua con que me preguntásteis, y sin la mano con que lo escribísteis. No me pongais, pues, en tentacion de mas enojo: yo os ruego y mando que os vayais de aqui; porque mis ojos se alteran al ver un hombre que tales maldades pudo levantarme.* Quería responder Nogueras para satisfacerle; y él le dijo: *Idos, vuelvo á decir, y no sopleis el carbon que está ardiendo.* Salióse el enviado aquel mismo dia de Barcelona; pero á ruegos de los diputados permitió que volviese á entrar en ella, y les dijese su embajada, sin consentir que se pusiese otra vez en su presencia.

Sintióse mucho el Rey de este caso, y el Príncipe no estaba menos indignado de la oposicion que su padre ponía á sus designios. Sus quejas resonaban en España, en Francia y en Italia, al mismo

paso que su poder y su dignidad eran respetados de muchos potentados de Europa, que ya se correspondían con él como con un Soberano. A pesar de esto siempre se temía de las intrigas de su padre y su madrastra, que ya tenían casi vuelto á su favor al Rey de Castilla, y tentaban la fidelidad y resfriaban el celo de muchos señores principales de Cataluña, que trataban de reducirse á su obediencia. En este conflicto buscó el socorro del Rey de Francia Luis XI, que acababa de suceder á su padre, y con quien había tenido alianza mientras era Delfín. Quería que le ayudase á cobrar su reino de Navarra contra su padre y el Conde de Fox, principal promovedor de los disturbios de aquel país; y le decía, que pues Dios le había constituido en tan alto lugar, le ayudase, como deudo suyo, por ser su primo; y como mayor y cabeza, por el reino que tenía y descender los dos de una cepa; y decía, que casaría con una hermana de aquel Rey, ofreciendo también unir á su hermana Doña Blanca con Filiberto, Conde de Ginebra, Príncipe heredero de Saboya, y sobrino del Rey Luis. Con estos enlaces y confederación pensaba él recuperar su dominio de Navarra, y suplir la fuerza que perdía en la deserción del Rey de Castilla.

Pero el desenlace de esta tragedia llegaba por momentos. La salud del Príncipe, que no habiéndose gozado día bueno desde que salió de la prisión de Morella, acabó de arruinarse con los cuidados y la incertidumbre en que todavía veía su suerte; y

adoleciendo gravemente á mediados de setiembre, falleció en veinte y tres del mismo mes. Asistieron á su enfermedad los consellers de Barcelona; y conociendo que ya se acercaba su último momento, les dijo: *mi proceso vá á publicarse*: después recibió los auxilios de la iglesia, y pidió perdón á todos de las molestias y afanes que les había causado, con una mansedumbre y dulzura tal, que prorumpieron en lágrimas: de allí á poco espiró entre las tres y las cuatro de la mañana. Moviéndose gran duelo en Barcelona por el amor que le tenían, y las esperanzas que en él se malograban; y en sus exequias, que fueron celebradas con toda la pompa y majestad dignas de un Rey, lo más hermoso y solemne fué el llanto y sentimiento universal que en aquel concurso inmenso sobresalían. Su cuerpo estuvo muchos años en el presbiterio de la catedral, hasta que el Rey su padre le mandó llevar á Poblet, donde yace en una arca cubierta de terciopelo negro, en el mismo panteón de los Duques de Segorve.

El fanatismo, y quizá la política de los catalanes, quisieron hacer de él un santo; y se empezaron á publicar al instante milagros que Dios había hecho por su intercesión. Pero sin recurrir á estos medios, que hoy día la razón y la circunspección desechan igualmente, se puede decir que en él se perdió el Príncipe más cabal que entonces se conocía. Su padre Don Juan II de Aragón, fuera de sus talentos militares, no puede ser con-

siderado sino como un hombre faccioso y turbulento, que ni de particular ni de Rey tuvo ni dió sosiego: Enrique de Castilla era un imbécil: Luis XI. un déspota capcioso y sanguinario: Fernando de Nápoles otro político suspicaz, pérfido y malquistado: Alfonso de Portugal, inquieto, ambicioso y desgraciado, es solo conocido por sus tristes y malogradas pretensiones sobre Castilla. El emperador de Alemania Federico III, débil, supersticioso, indolente y avaro, fué el desprecio universal de Italia y de Alemania. Todos ellos, á excepcion de Fernando, rudos y bárbaros: todos reinaron, y aquel que recibió de sus mayores la mejor educacion; que criado en costumbres pacíficas se dió al estudio, no para pasar el tiempo vana y ociosamente, sino para instruirse en aquella parte de la sabiduría, sin la cual los estados no pueden ser bien fundados ni instituidos; aquel que en los nueve años de su gobierno en Navarra hizo la prueba de su moderacion y de su justicia; aquel á quien los votos, los aplausos y las aclamaciones de todos los pueblos que le conocian le llamaban al mando y al gobierno; este acabó desgraciadamente, luchando por su existencia, aborrecido y perseguido de su padre, y despojado de lo que era suyo.

Tenia cuarenta años cumplidos cuando murió. Estuvo casado con Ana de Cleves, la cual falleció sin darle sucesion en 1448: de sus tratos y amores con otras mujeres tuvo despues á Don Felipe de Navarra, Conde de Beaufort, en Doña Brianda

Vaca; á Doña Ana en Doña María Armendariz; y á Don Juan Alonso en una siciliana de clase humilde, pero de extremada hermosura. Fué de estatura algo mas que mediana; su rostro era flaco; su ademan grave, y su fisonomía melancólica. Su madre, para enseñarle á ser liberal, le hacía distribuir diariamente, cuando era niño, algunos escudos de oro, y su magnificencia y su generosidad, cuando joven y hombre hecho, correspondieron á este cuidado. El estudio fué el consuelo que tuvo en la adversidad, y el compañero y amigo de su soledad y retiro. La lectura de los autores clásicos, la composicion de algunas obras en prosa y verso, y la correspondencia con los hombres sabios de su tiempo, llenaban aquellas horas, que en otros Príncipes hubieran sido de afliccion y de amargura, ó de crápula y disipacion. Entre los hombres de letras con quienes se correspondia, el principal en su estimacion fué el célebre Ausias Marc, príncipe de los trovadores de su tiempo. Duraba aun en Sicilia cien años despues, cuando el analista Zurita pasó por allí, la memoria de las ocupaciones del Príncipe y de su aficion á los libros. Escribió una historia de los Reyes de Navarra; tradujo la filosofía moral de Aristóteles, y compuso muchas trobas, que solia cantar á la vihuela con gracia y expresion. Deleitábase mucho con la música, y tenia particular talento para todas las artes, especialmente para la pintura. Traía por divisa dos sabuesos muy bravos, que sobre un hueso

reñian entre sí: emblema de la porfia que los dos Reyes de Francia y Castilla tenían por el reino de Navarra, que con sus contiendas tenían ya casi consumido. Su condicion y costumbres fueron las que se han pintado en el curso de esta relacion, no amancillada por la parcialidad y la envidia, sino tal cual resulta de los hechos que las memorias del tiempo nos han transmitido. Hasta los historiadores, que en la mayor parte son del partido que vence, y han querido dar á su carácter algunos visos de ambicion y rebeldía, no pueden dejar de confesar aquel atractivo que la reunion de los talentos, de las virtudes, de la discrecion y de la liberalidad ponía en su persona, y arrastraba tras de sí la aficion de los hombres y de los pueblos. Al contemplarlas se ve la razon con que el severo Mariana, acabando de pintarle, dice: *Mozo dignísimo de mejor fortuna, y de padre manso.*

Quando sus amigos le vieron cercano á morir quisieron todavía ser fieles á su memoria, y no obedecer sino á su sangre: para esto le aconsejaron que celebrase su casamiento con Doña Brianda Vaca, y legitimase al hijo que de ella había tenido Don Felipe. Él no lo consintió, ya fuese por no dar ocasion á mas disturbios, ya por no contemplar digna á aquella mujer del honor á que se la queria elevar. Poco satisfecho de su conducta habíala poco antes apartado de su hijo, encomendándole al celo de un caballero de Barcelona, llama-

mado Bernardo Zapila, y á ella la puso bajo la guarda de Don Hugo de Cardona, Señor de Bellpuig.

Al punto que su padre tuvo noticia de su muerte, hizo jurar heredero del reino de Aragon á su hijo Don Fernando; y la Reina le llevó á Cataluña para que el principado le hiciese el mismo homenaje, segun estaba sentado en los artículos de Villafranca. No se negaron los catalanes á este acto, pero resistieron constantemente la entrada del Rey, á quien aborrecian. La Reina, ó por ceremonia, ó por complacencia, fué á ver con sus damas la capilla donde estaba el cadáver del Príncipe, y llegando á él, hizo encima una cruz, y la besó. Si el Príncipe hubiera hecho milagros, como sus parciales querian, debió entonces con alguna demostracion repeler de sí aquel obsequio, que por quien le daba, y al tiempo que se hacía, era un verdadero y escandaloso sacrilegio. A pocos dias despues falleció su repostero, y se comenzó á decir, que su muerte venia de ciertas pildoras que había gustado de las que se sirvieron al Príncipe en el castillo de Morella. La Reina dió licencia para que le abriesen, y se le hallaron los pulmones podridos, como se habían encontrado los del Príncipe. Estas señales, unidas á la sospecha que antes ya habían levantado los furores de la madrastra, y sus condescendencias despues que logró la libertad, irritaron los ánimos de tal modo, que de allí á poco tiempo los catalanes, apellidando á

su Rey parricida y enemigo de la patria, le alzaron el juramento de fidelidad, y se pusieron en rebelion abierta contra él. Diéronse primero al Rey de Castilla, que aunque al principio oyó gratamente su oferta, al cabo se negó á ella ó por moderacion ó por flaqueza. Llamaron despues á Don Pedro, Infante de Portugal, á quien aclamaron Rey de Aragon, y Conde de Barcelona, y este murió de veneno. Trataron á su muerte de constituirse en república; pero prevaleció la idea de traer socorros de fuera, y llamaron á Renato de Anjou, que aunque viejo y cascado, vino á apoderarse de aquella dignidad con muchos franceses que trajo. Su muerte acaccida de calenturas en lo mas próspero de sus sucesos, destruyó las esperanzas de los catalanes; los cuales, despues de una vigorosa resistencia, vinieron al cabo á la obediencia del Rey Don Juan, bajo condiciones muy favorables. De este modo los estragos y los escándalos siguieron en Cataluña diez años despues, y las muertes que esta guerra civil ocasionó fueron otras tantas víctimas, que los catalanes consagraron á la memoria infausta del Príncipe que fué su ídolo.

Los cronistas antiguos de Castilla aseguran que murió de perlesia; y que la acusacion de veneno es una fábula, como la de los milagros, y la de la aparicion del alma del muerto pidiendo venganza contra su madrastra; que, dicen ellos, fueron inventadas para alterar los pueblos, y fomentar la sedicion. En acusacion tan grave no puede afir-

marse nada sin una circunspeccion prudente. Pero estos cronistas eran pagados por el Rey Fernando el Católico, que fué el que sacó partido de la ruina de Carlos: por otra parte el rencor de la Reina; la ambicion de que reinase su hijo; el enojo del padre; la rabia de tener que soltarle de la prision á los clamores de los pueblos indignados; el no haber tenido dia ninguno bueno en su salud despues que salió del castillo de Morella; la costumbre que aquel tiempo hacía de esta alevosía infame; la muerte del repostero igual á la de su amo, todas son circunstancias que inclinan mucho á creer la acusacion; y si á ellas se añade la manera bárbara con que el Rey trató á la Princesa Doña Blanca su hermana, toman el carácter de una evidencia casi completa.

Tenia esta desdichada contra sí parecerse mucho á Don Carlos, haber seguido siempre su suerte, y ser legitima Señora del reino de Navarra despues de sus dias. Háblala envuelto el Rey su padre en la misma proscripcion del Príncipe; y las condiciones con que el Conde de Fox vino de Francia á ayudarle en su guerra de Cataluña, eran que Blanca habia de renunciar el derecho de sucesion, ó hacerse religiosa, ó ser entregada en poder del Conde. Despues de la muerte de su hermano la habia el Rey tenido custodiada en diversas fortalezas, porque no cayese en poder de los beamonteses; mas cuando ya se resolvió á cumplir su inhumano concierto, la anunció que se prepa-

rased á pasar los montes con él, para ir á ver al Rey de Francia, y casarla con el Duque de Berri su hermano. Ella respondió que no quería ser homicida de sí misma, y que de ningún modo iría. Sus lágrimas y sus ruegos, en vez de ablandar aquel corazón de fiera, no hicieron mas que endurecerle, y al fin mandó que la llevasen por fuerza, doblándola las guardias. Para mas asegurarla, dió el encargo de su persona á Pedro de Peralta, el agramontés mas acérrimo y mas duro. Este la condujo á Marcilla, y la aposentó en su misma casa. Dicese que allí la desventurada le pidió, *que se compadeciese, como caballero, de una dama la mas afligida y desamparada que se vió jamas; y como buen vasallo, de la hija de su Reina Doña Blanca y nieta de Don Carlos, á quien él y su familia habian debido su exaltacion: que su padre llevaria á bien esta resolución cuando la mirase con ojos serenos: que no la sacase de su casa; y no la llevase á Bearne, adonde la acabarian, como en España habian hecho con su hermano.* Aquel hombre bárbaro la arrancó con violencia de allí, y la llevó al convento de Roncesvalles, donde ella tuvo forma de engañar á sus guardias, y de hacer una renunciacion de su derecho en favor del Rey de Castilla ó el Conde de Armeñac; y declarando ser nulas cualesquiera renunciaciones que se viesesen de ella en favor de su hermana la Condesa de Fox, ó del Príncipe Don Fernando, porque serian arrancadas por la violencia y el miedo. Sabiendo

después que iba á ser puesta en poder de sus enemigos, y que se trataba no solo de la sucesion, sino de la vida, volvió á privar solemnemente de su herencia á sus hermanos; é hizo donacion de sus estados de Navarra y demas que la pertenecian al Rey Don Enrique IV de Castilla; pidiéndole *que la librase, ó vengase las desgracias suyas y de su hermano, y se acordase de su amor y union antiguos, que aunque desgraciados, al fin habian sido como de marido y mujer.* En San Juan de Pie del Puerto la entregaron en nombre de los Condes de Fox al Capta de Buch; el cual la llevó al castillo de Ortez, donde á poco tiempo fué envenenada de órden de su hermana, y murió en dos de diciembre de 1464. Asi el camino del trono fué allanado á la iniquidad ambiciosa: por premio de un fratricidio la Condesa de Fox reinó en Navarra; el hijo de Doña Juana Enriquez fué Monarca de Aragon, de Sicilia y de Castilla; y si sus grandes talentos y la prosperidad brillante de su reinado templaron algun tanto el horror de tantos crímenes, no le han desvanecido enteramente todavía.



EL PRINCEPE DI VERA.

después que iba á ser puesta en poder de sus ene-  
migos, y que se trataba no solo de la sucesion,  
sino de la vida, volvió á privar solemnemente de  
su herencia á sus hermanos; é hizo donacion de  
sus estados de Navarra y demás que la pertenecian  
al Rey Don Enrique IV de Castilla; pidiéndole  
que se hiciera, á riesgo de sus desgracias suyas y  
de su hermano, y se acordase de su error y union  
antigua, que nunca despreciados, él sin haber  
sido como de costumbre y mujer. En San Juan de  
Pie del Puerto le entregaron en nombre de los  
Condes de Fox el Capitan de Buch; el cual le lle-  
vó al castillo de Orca, donde á poco tiempo fue  
convencido de orden de su hermana, y murió en  
los de diez y siete de mayo. Así el camino del trono  
fue atestado á la iniquidad ambiciosa por premio  
de un fratricidio la Condesa de Fox reinar en Na-  
varra; el hijo de Doña Juana Enriquez fue Mo-  
narca de Aragon, de Sicilia y de Castilla; y si sus  
grandes talentos y la prosperidad brillante de su  
reinado templaron algun tanto el horror de tantos  
crímenes, no le han desvanecido enteramente to-  
davia.

